

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque; y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrumpiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches, apartado de los suyos, en partes y lugares dónde ellos no pudiesen saber dónde estaba; porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan, en la noche; y, abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque; quedóse Don Quijote esperando el dia, así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el són de las muchas chirimias y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa,

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque; y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrumpiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches, apartado de los suyos, en partes y lugares dónde ellos no pudiesen saber dónde estaba; porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan, en la noche; y, abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque; quedóse Don Quijote esperando el dia, así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el són de las muchas chirimias y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa,

aparta, aparta de corredores, que, al parecer, de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que, con un rostro mayor que el de una rodela, por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes; vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modó de escaramuza por las sosegadas aguas, córrespondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa, con espantoso estruendo, rompía los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho, cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto, llegaron corriendo con grita, liliés y algazara, los de las libreas adonde Don Quijote, suspenso y atónito, estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: "¡Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!" No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese; sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol alrededor de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: "Estos, bien nos han conocido; ¡yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa!" Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: "Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart." Á lo que Don Quijote respondió: "Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme dó quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra; y mas, si la quereis ocupar en vuestro servicio." Con palabras no menos comedidas que estas, le respondió el caballero; y, encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad; al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, doş dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el

otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas; y, apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran, los que guiaban á Don Quijote, castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.